

DOÑA JENARA. Lo que veo es que á usted lo ha engatusado, como á todo el mundo. Porque, eso sí; gatera, ya es gatera; y labia y gancho ya le ha dado Dios; y desparpajo y *metimiento*, no le faltan á él. ¡Como digo una cosa digo otra! ¡Pero me va á matar!

DON SEGISMUNDO. Francamente, señora, á mí bien hubiese podido engañarme, porque á mí me engaña una codorniz... pero es que, en rigor, los cargos que usted acumula contra él, son pueriles, ¡fundamentalmente... pueriles! ¡Que se levanta á las doce! ¿Y si no estudia, para qué se ha de levantar más temprano? ¡Que empeña los libros! ¿Y para qué los quiere, si no estudia? ¡Que bebe! ¡Esa es una necesidad fisiológica! ¡Que no oye misa! ¿Y quién oye misa á la edad que tiene Tomás? Á esa edad, si se va á la iglesia, es á ver á la novia; y su hijo de usted prefiere, con muy buen gusto, ver á la novia fuera de la iglesia. ¡El sacerdote más escrupuloso lo absolvería!

DOÑA JENARA. Vamos, señor; ¡si le parece á usted lo pondremos en un altar con una palmita y un perro lamiéndole las llagas!

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Pero ni tanto ni tan calvo, Gonzalvo. ¡Á la cantera! ¡á la cantera! Dígame usted: ¿el chico es listo?

DOÑA JENARA. ¿Que si es listo? ¡Un rayo! ¡Anda, pues si él quisiera trabajar! ¡Corta un pelo en el aire!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho, mucho! ¿Es bueno? ¿Tiene corazón?

DOÑA JENARA. ¡No le cabe en el pecho! Men-

tiría yo si lo negara. Ve una pena de otro, y le duele como si fuera propia.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Tenemos hombre; tenemos hombre. Ya saldrá, ya saldrá... Así lo he apreciado yo desde el primer día, y por eso he consentido sus amores con mi hija Amalia. ¡Con Amalia! ¡Con Amalia! Luego conocerá usted á Amalia. Decir Amalia aquí es decir la perla de esta casa. Y todas son mis hijas: ¡y tengo ocho! Pero la perla de la casa es ella.

DOÑA JENARA. Sí, señor; y yo me alegro mucho de que su elección haya sido tan acertada. Y quedamos en que la chica es una perla, y el chico San Isidro Labrador, y en que se quieren á morir; pero ya sabe usted que los suspiros no alimentan; más bien debilitan; y mi hijo, sobre que no sabe ganarlo, no tiene dinero.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!

DOÑA JENARA. No, señor; lo que es en eso no me convence usted. ¡No tiene dos reales!

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho!

DOÑA JENARA. ¡Le digo á usted que ni dos reales!

DON SEGISMUNDO. Si ya lo sé. «Mucho; mucho» en esta ocasión significa que estamos de acuerdo.

DOÑA JENARA. ¡Ah!

DON SEGISMUNDO. Ciertamente su hijo de usted no tiene dinero, ni mi hija tampoco; y claro está que para casarse lo necesitan...

DOÑA JENARA. ¡Mucho; mucho!

DON SEGISMUNDO. Mucho, no; una cosa prudente...

DOÑA JENARA. Si es que yo también estoy de acuerdo ahora.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja! ¡Muy bien; muy bien! De muy buena ley... Pues óigame usted cuatro palabras. Un pariente mío — pariente y protector — tiene por Tomasillo las más fervientes simpatías, y me ha ofrecido para él, viéndolo tan enamorado de Amalia, un destino que le permita realizar sus sueños. Mi opinión es que la salvación del chico está ahí; con la golosinilla de la boda, con la miel del te quiero y me quieres, se nos mete en trabajo, se acostumbra á él, y se hace un hombrecito. ¿Usted que dice á esto?

DOÑA JENARA. Un poco conmovida. ¡Ay, señor don don don...!

DON SEGISMUNDO. Segismundo.

DOÑA JENARA. Don Segismundo, que nunca me acuerdo de su nombre; ¿qué quiere usted que diga yo? ¡Que el padre de mi hijo no haría más por él! Si ese es mi afán; que se arrime á buen árbol, que sea formalito, que se deje de gandulear, que trabaje, que mire al mañana...

DON SEGISMUNDO. ¡Oh! Pierda usted cuidado... Se va á casar con una hormiguita... Mi hija Amalia es una hormiguita... Va usted á conocerla.

DOÑA JENARA. Me veré muy favorecida, señor. Ya no deseo otra cosa.

Don Segismundo va á la puerta del foro á llamar á Brígida. Mientras tanto doña Jenara coloca otros cuadros derechos.

DON SEGISMUNDO. ¡Brígida! ¡Brígida! Asoma Brígida, siempre asustada, naturalmente, y don Segismundo le da un recadito en voz baja. Ahora vendrá.

DOÑA JENARA. Muchas gracias, señor.

Vuelve á asomar Brígida.

BRÍGIDA. ¿La señorita Amalia sola?

DON SEGISMUNDO. Sí; sola, ella sola. Se va Brígida. Esta criada cree que tenemos siempre un enfermo grave. Pues bien, amiga mía: mañana á primera hora veré yo á Cayetano, mi pariente, le hablaré con entera seriedad del caso, y luego pasaré á saludar á usted para enterarla de todos los pormenores, índole del destino, sueldo, etc., etc.

DOÑA JENARA. Lo que usted guste, señor, lo que usted guste.

Sale AMALIA por la puerta de la izquierda. Al ver á doña Jenara se sorprende ligeramente.

DON SEGISMUNDO. Aquí la tiene usted; esta es Amalia.

AMALIA. Servidora.

DOÑA JENARA. Por muchos años. Contempla encantada unos momentos á la muchachita.

DON SEGISMUNDO. ¿Tú conoces á esta señora?

AMALIA. De vista... Una tarde tuve el gusto de encontrármela con Tomás... y luego él me dijo...

DOÑA JENARA. ¡Sí que ha sabido elegir el muy sinvergüenza! ¡Vaya si es bonita, señor! ¡Y tan repulidita que ella parece! ¡Le digo á usted que es de lo más chulo! Bueno, todos los pillos tienen suerte... ¡Pillo, más que pillo! ¿De cuándo acá se va á merecer él este confite? ¡El muy granuja!... ¡el muy pendón!... ¡el muy gandulazo!...

DON SEGISMUNDO. Yo no sé si tú sabrás que habla de tu novio.

AMALIA. Ya lo he comprendido... Pero no me hace mella.

DOÑA JENARA. ¡No la hace mella, dice! ¡Mira qué buen agrado tiene y qué gracia! ¡Es un regalo esta criatura! ¡un regalo!

AMALIA. Usted me favorece.

DOÑA JENARA. Yéndose de repente á la mocita, con efusión de suegra simpática. ¡Á ver si me lo metes en cintura, hija mía! ¡Lo que tú con esa cara no puedas con él, no ha de poderlo nadie! ¡Que arrime el hombro al trabajo! ¡que sude!

DON SEGISMUNDO. Sudará, sudará...

DOÑA JENARA. ¡Que no es hijo de ningunos príncipes! Está tan mimado, tan consentidote... ¡Ay, señor! Lo peor que puede pasarle á un matrimonio es no tener más que un hijo.

DON SEGISMUNDO. Con permiso de usted, amiga mía, puede pasarle algo peor. ¡Ja, ja!

DOÑA JENARA. Entiéndame usted por qué se lo digo. ¡Pero qué bonita eres, hija mía! ¡Dame un beso! ¡Te voy á querer más que á él! Y me voy, me voy, porque si no me voy no dejo de hablar.

DON SEGISMUNDO. ¡Como ya están todos los cuadros derechos!

DOÑA JENARA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué sombra ha tenido! Quedamos en lo que quedamos, don don don...

DON SEGISMUNDO. Segismundo.

DOÑA JENARA. Don Segismundo. Ya sabe usted su casa. Dame tú otro beso, bonita. No se molesten, no se molesten... Buenas noches... Al llegar á la

puerta del foro apaga maquinalmente la luz. ¡Ay! ¡Los dejaba á oscuras! La costumbre que tengo en casa.

DON SEGISMUNDO. ¡Ja, ja!

DOÑA JENARA. Disimulen ustedes. Buenas noches. No se moleste usted, señor.

DON SEGISMUNDO. No es molestia ninguna.

Doña Jenara se va por la puerta del foro, hacia la derecha. Don Segismundo la sigue. Amalia queda asomada á la puerta, despidiéndola.

AMALIA. Adiós... vaya usted con Dios.

Vuelve DON SEGISMUNDO.

DON SEGISMUNDO. ¿Eh, qué tal? Dame tú un abrazo.

AMALIA. ¡Con toda el alma, papaito! ¡Qué buenísimo eres! Y esta señora es muy campechana y muy agradable. ¿Quieres algo?

DON SEGISMUNDO. Que te vayas, que es lo que tú quieres.

AMALIA. Pues hasta luego. ¡Estoy más contenta que mi suegra! Se marcha por donde salió.

DON SEGISMUNDO. ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! ¿Hoy es trece, verdad? Porque se me está dando un buen día...

Aparece ALFREDO por la derecha en el pasillo, y deja su sombrero.

ALFREDO. ¿Se puede, don Segis?

DON SEGISMUNDO. ¡Qué preguntas haces, Alfredo!

ALFREDO. Es que no vengo solo. Pasa, Emilio.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah!

Surge en el pasillo EMILIO VÁZQUEZ, sombrero en mano. Es un autor cómico, enanecidillo con el triunfo de su primera obra, porque los críticos han dicho de él que es un «grano» para algunos autores famosos.

EMILIO. Buenas noches.

DON SEGISMUNDO. ¡Adelante, señor!

ALFREDO. Presentándolos. Don Segismundo Caín.
Mi amigo Emilio Vázquez.

DON SEGISMUNDO. Tanto honor...

EMILIO. Tanto gusto...

ALFREDO. Autor cómico muy aplaudido.

DON SEGISMUNDO. ¿Hola?

EMILIO. Psche.

ALFREDO. Ha hecho sus primeras armas ahora en el Salón Martínez.

DON SEGISMUNDO. ¡Ah, en el Salón Martínez!
¿Qué compañía trabaja en él?

EMILIO. Una muy modestita. Sí. La compañía Sánchez-Pérez-Bermúdez. Sí.

DON SEGISMUNDO. Tengo una idea de haber leído algo de eso... ¿Cómo se titula la obra de usted?

EMILIO. *Castañas pilongas*. Sí.

DON SEGISMUNDO. ¡*Castañas pilongas*! Es gracioso el título, ¿verdad?

ALFREDO. Sí, señor. Y la obra. Ha gustado mucho. Yo estuve en el estreno.

EMILIO. Es un sainetito. Sí.

DON SEGISMUNDO. ¡Mucho; mucho! Cultiva usted el género que más me agrada: el sainete. Tan castizo, tan español... La gracia culta, la sátira burlona de las costumbres... *Castigat ridendo mores*... ¡No vaya usted á sacar un sainetito de esta casa! ¡Ja, ja! Pero, sentémonos. ¿Ó pasamos al comedor? ¿Qué te parece, ¿Alfredo?

ALFREDO. Mejor será. Allí están las chicas...

DON SEGISMUNDO. Dices bien. Vamos, vamos al comedor.

ALFREDO. Yo le espero aquí, don Segismundo. Con permiso de Emilio, necesito hablarle á usted en seguida.

DON SEGISMUNDO. ¿Ah, sí? Pues en seguida vuelvo. Usted perdonará...

EMILIO. No hay de qué, señor mío.

DON SEGISMUNDO. Llevándose del brazo. ¿Conque tan joven y ya autor cómico aplaudido, eh?

EMILIO. Sí, señor, sí.

DON SEGISMUNDO. Es la misión más alta: la de divertir á los hombres... Lo dijo Schiller, como usted sabe mejor que yo.

EMILIO. Sí, señor, sí.

DON SEGISMUNDO. Pase usted.

EMILIO. Muchas gracias.

Se van por la puerta de la izquierda. Don Segismundo mira á Alfredo con gratitud.

ALFREDO. Paseándose preocupado. ¡Pobre don Segis! Le voy á dar la noche... Sí. Y es claro que debo decírselo. Sí. Porque sabe Dios adonde habrán llegado las cosas... Sí. ¡Caramba! ¡Que se me ha pegado la muletilla del autor cómico!

Sale ROSALÍA por la puerta de la izquierda.

ROSALÍA. ¿Por qué no has ido al comedor?

ALFREDO. Porque quería que tú vinieras.

ROSALÍA. Pues aquí me tienes. En cuanto vi llegar á papá con un muchacho nuevo, pensé: «Alfredo está ahí.»

ALFREDO. Y aquí estoy, en efecto. ¿Te lo ha presentado tu padre?

ROSALÍA. Remedando á Emilio. Sí. Me lo ha presentado. Sí.

ALFREDO. Ya veo que te lo ha presentado. Es simpático, ¿eh?

ROSALÍA. Sí.

ALFREDO. Sí. *Se ríen.* ¡Burlona!

ROSALÍA. ¿Cuándo nos casamos?

ALFREDO. ¡Nunca!

ROSALÍA. ¡Ja, ja, ja!

ALFREDO. Vas á tener que pedírmelo en cruz.

ROSALÍA. Menos que en cruz.

ALFREDO. Y conste que no es de nobles vencedores divertirse así de los vencidos.

ROSALÍA. ¿Te declaras vencido?

ALFREDO. ¡Vencido y convencido! ¿No lo estás viendo? Al cabo triunfó lo que debía: se hizo la luz en mi mollera. Pero me he llevado más de un mes con unas dudas y unos recelos... que no los quiero para ti. La otra noche me daba de coscorrones en mi cuarto. «¡Animal! ¡zopenco; que deberías estar tirando de una carreta! ¿De manera que cuando tu novia te demuestra en su cariño á los suyos todo lo que vale moralmente, es cuando á ti se te ocurre hacer de Otelo y ponerte en ridículo? ¡Eres un ser abominable!» Todo esto me decía.

ROSALÍA. Pues no te mereces más que la mitad.

ALFREDO. ¿Y que tú me quieras, me lo merezco?

ROSALÍA. Después de bailar un rigodón con los ojos. Sí.

ALFREDO. ¡Entonces pídemelo... hasta que me tire por el balcón!

ROSALÍA. Tirate.

ALFREDO. Mira que me tiro.

ROSALÍA. Tirate. *Alfredo se dirige al balcón.* No te tires.

ALFREDO. ¿No me tiro?

ROSALÍA. ¿Para qué, si es un entresuelo y no vas á matarte?

ALFREDO. Corriendo hacia ella y cogiéndole las manos apasionadamente. ¡Bendita sea tu cara!

ROSALÍA. ¡Te quiero mucho, Alfredo!

ALFREDO. ¿Mucho?

ROSALÍA. Mucho. Pon todos los muchos que dice papá al cabo del día, y todavía son pocos.

ALFREDO. Pues multiplica esos muchos por mi cariño, y así te quiero yo.

Cogidos de las manos se miran unos momentos sin palabras.

ROSALÍA. ¡Ay, Alfredo!

ALFREDO. ¿Qué?

ROSALÍA. ¡Qué mal lo vamos á pasar como no se casen pronto las chicas!

ALFREDO. No lo dudo un instante. Ya en todo pienso como tú. ¡Hay que casarlas por la posta!

Óyese la tos de Caín detrás de la puerta del foro. Alfredo y Rosalía se sueltan las manos. La tos continúa, y entonces se separan. Se oyen dos ó tres golpes más y se separan otro poco.

ROSALÍA. ¡Jesús! Pero ¿qué idea tiene papá de las distancias?

Sale DON SEGISMUNDO con los residuos de la tos.

DON SEGISMUNDO. ¡Ay, ay, ay!

ROSALÍA. ¿Por qué no tomas unos vahos de brea?

DON SEGISMUNDO. ¡Esta tos no se cura con brea! A Alfredo. Oye, ¿sabes que me agrada bas-